

LÓGYCA

¿CIENCIA CONTRA RELIGIÓN?

Science against religion?

Juan-Carlos Moreno-Romo (1966, mexicano, Universidad Autónoma de Querétaro, México)
juancarlosmorenoromo@gmail.com

Resumen



Se problematiza aquí esa vulgata periodístico-ideológica que, heredada de la Ilustración, predica que “la ciencia” es el remedio seguro e infalible contra “la violencia de las religiones”. Se muestra un poco de lo que esta oculta: su utilidad política y su estrategia, análoga a la del sofista Lisias, de tratar de vendernos una determinada religión pretextando que no es una. Se explora, en sus líneas generales, el contexto histórico de este problema. Y se concluye que no es tanto de ciencia contra religión de lo que cabe hablar, cuanto de ciencia con religión, o de religión con ciencia o, mejor, con filosofía.

Palabras clave: ciencia, cristianismo, filosofía, ilustración, liberalismo, religión.

Recibido: 23-11-2015 → **Aceptado:** 13-01-2016

Abstract

The purpose of this text is to problematize the journalistic-ideological vulgate, inherited from the Enlightenment, predicates that “Science” is the sure and infallible remedy against “religious violence”. It shows that selling ourselves to a specific religion with the excuse that it is not a religion. The general context of this problem is explored within its historical context concluding that it is not so much the question of Science against Religion that should be discussed, but rather science with religion, or of religion with science, or better yet, with philosophy.

Key words: science, christianity, philosophy, enlightenment, liberalism, religion.

Introducción

Abordaremos, en poquísimas palabras, uno de los problemas centrales de nuestro tiempo. Un tema que la ideología dominante presume con notable insistencia que lo ha saldado ya, en el seno de las sociedades que la portan y proyectan, aunque desde luego le falte terminar de adoctrinarnos a todos —o de bombardearnos si no— para concluir, en todo el mundo, su misión civilizadora. Lo que haremos aquí es mostrar que no es verdad que la solución liberal sea tan sólida o tan definitiva como se pretende, ni tan amiga, como dice, de la ciencia. Mostraremos ante todo sus contradicciones más importantes, y la fundamental ambigüedad de sus conceptos centrales, o del manejo que hace de los mismos (“ciencia”, “religión”, “comunidad”...), y la ubicaremos también en la historia larga de la civilización occidental, con lo que mínimamente alcanzaremos a ver que la suya no es la única solución al “problema religioso”, y acaso tampoco la mejor.

¿Es la religión la que divide a los hombres, mientras que la ciencia los une? Tal es el problema que Sapiens Research nos ha planteado en esta ocasión, para su sección Lógyca, y ello ocurre en una época, y en un año especialmente en el que el tema de la religión como manzana de la discordia se ha vuelto de una tremenda actualidad en todos los medios de comunicación occidentales, principalmente porque somos los perplejos testigos de una especie de guerra de religión que se libra, en el mundo árabe y en Europa (o en América inclusive, si nos remontamos al 11 de septiembre del 2001), y ahora más concretamente en las mismísimas calles de París (donde han impactado mucho los atentados de enero y de noviembre de este 2015), entre los triunfadores de la Guerra Fría (y por eso mismo los representantes, decía Francis Fukuyama, del Fin de la Historia), y esa, dicen que sorpresiva especie de “resurgencia medieval” que es, o que pretende ser el islamismo que ahora cuaja, encima, en todo un “Estado Islámico”, precisamente en el vacío de poder que dejan los Estados atacados por las propias potencias occidentales.

El tema es entonces no solo pertinente, y muy “actual”, sino ahora mismo en extremo candente. Veamos si a ese fuego le podemos echar, con un poco de ciencia, al menos un poco de agua. Conviene, por lo pronto, que no perdamos de vista a ese “tercer factor” que de inmediato asoma la cabeza: la política, o el poder, mejor; o “César”, para que nos vayamos entendiendo (Moreno Romo, 2013: 49 y ss.). Pues bien, comencemos recordando cómo el periodista, profesor de estrategia en Science-Po y corresponsal de guerra Renaud Girard ya había advertido o publicado, desde el año pasado, esto que ahora mismo, en noviembre del 2015, adquiere una muy particular relevancia o significación: «El otro día —escribe—, uno de mis amigos diplomáticos, con quien conversaba sobre la Siria de Bachar al Asad, me lanzó: “¡a ese tipo lo tenemos que eliminar!” ¡Yo estaba tan aturrido que le respondí que era una lástima que nuestros soldados hubiesen dejado Damasco en enero de 1946, pues la operación sería más fácil si hubiésemos conservado ahí un cuartel! Su pulsión neoconservadora tenía el mérito de la sinceridad. Se parecía a un imperativo categórico kantiano: el dictador debía ser eliminado, costase lo que costase. ¿Las consecuencias, en las minorías, en la gestión del país, en el equilibrio regional? Él no había previsto nada. Ya se vería luego. Por desgracia, en geopolítica occidental contemporánea, “luego” significa con frecuencia “demasiado tarde”. La ingenuidad del juicio de ese amigo me parecía ser la consecuencia directa de los estragos que produce desde hace un cuarto de siglo el maniqueísmo en política extranjera» (Debray y Girard, 2014: 79-80).

¿Contra qué “asesina religión” cabría movilizar, por cierto, en primer término, a esa tan cotizada como al parecer descuidada o ignorada ciencia de la geopolítica? Nótese por lo pronto que el maniqueísmo, precisamente una religión antigua de esas que el cristianismo venció en su momento, en la época del Imperio Romano, puede hacerse presente sin embargo —y de qué modo!— en la política contemporánea, y no necesariamente en la

de esos “fanáticos” a los que apuntan todos los medios de comunicación, y todos los “expertos” y “analistas” occidentales.

Si a principios de este siglo Sadam Husein era un monstruo del *eje del mal*, recordemos que George W. Bush era, para esos enemigos suyos tan satanizados, nada menos que el representante del *gran satán*. Y los musulmanes no eran los únicos, por cierto, que satanizaban al aguerrido y fervoroso presidente de los Estados Unidos, que entre sus principales defectos contaba justamente con el de ser un “hombre religioso”, o un *born again*: todas las buenas conciencias ilustradas de Occidente también lo hacían, por cierto, en el nombre del progreso, y de la Izquierda (y ambos van con mayúsculas de ídolo).

Debe ser hartamente embarazoso, para las buenas conciencias emancipadas de toda religión, y en consecuencia de todo mal, y de toda violencia, el ver que ahora mismo es nada menos que la izquierda francesa la que se encamina por el hartamente místico sendero del tristemente célebre Patriot Act, de tan nefastas consecuencias para las libertades civiles no solo de los ciudadanos estadounidenses, sino de los de todas las “democracias” del planeta. François Hollande supera, por lo pronto, al igual que Bush, su para los suyos en extremo alarmante miseria política (que amenazaba muy seriamente a su partido, y no solo a su partido), mediante esa transfiguración en gran chef de guerre que le aportan unos enemigos oportunistas (y, con éstos, una fuerte dosis de “religión”).

Harto más “políticamente correcto” que su predecesor, Barack Obama no hace tanto ruido “religioso”, e incluso empezó su mandato, en 2009, con elocuentes discursos de reconciliación, dirigidos a los musulmanes, y hasta recibiendo, antes de haber hecho nada, el prestigioso Premio Nobel de la Paz, que es algo así como la canonización que otorga el mundo moderno, o protestante (todo ello, claro está, en un contexto enteramente exento de religión). Regis Debray le hacía, en un artículo escrito en 2012, el siguiente balance: **«La Casa Blanca, de acuerdo a fuentes americanas, ha dado en dos años y medio seis veces más autorizaciones para asesinatos selectivos —con innumerables víctimas civiles alrededor de los puntos de impacto, y buenos reclutas para Al Qaida entre los sobrevivientes— que George W. Bush, en ocho años: 265 contra 40»** (Debray y Girard, 2014: 42).

¿Qué clase de poder es ese, que desde la presidencia de una determinada república —una entre las otras, y encima la defensora universal de los valores democráticos e igualitarios— decide a discreción sobre la vida y la muerte de personas que ni siquiera se hallan en su territorio, y a las que ni siquiera les da la oportunidad de defenderse, por ejemplo, contra un error, o una acusación injusta? ¿No parece que en vez del ciudadano presidente, que se supone que es un hombre como todos los demás, nos estuviesen hablando de Zeus Tonante decidiendo del destino de los hombres todos desde el alto Olimpo?

Pues bien, ese poder desmesurado se ejerce también, o sobre todo al nivel de los propios Estados o regímenes políticos. Y el de Bachar al Asad, veíamos (con los de Ben Alí en Túnez, Mubarak en Egipto y Gadafi en Libia, entre otros), estaba desde hace años en la mira. A las numerosísimas víctimas no occidentales, y en especial a las víctimas sirias de esa política que Renaud Girard califica precisamente de neoconservadora (remitiendo a los asesores straussianos de Bush), en estos días se les suman las víctimas de los atentados de París, que los responsables de ese proyecto de eliminación del dictador extranjero se apresuran a subrayar que son víctimas de

una determinada religión, e incluso (en sordina, pero apenas) de la religión. Y eso lo hacen ellos, los políticos, y también sus multitudinarios ideólogos de servicio, y sus “expertos”, quienes obran por cierto en el nombre de una supuesta “competencia científica”; por donde ya comenzamos a ver que la “ciencia”, como la “religión”, puede jugar un rol extremadamente ambiguo, e incluso perfectamente contrario al que de entrada le asignábamos. Si a los unos los legitima el Corán, o una determinada lectura del Corán, hecha en determinadas circunstancias, y ciertos, no muy caritativos, o no muy mansos predicadores, a los otros los legitiman multitudes de ideólogos, expertos y periodistas.

Es evidente que nos encontramos ante un embrollo de intereses, pasiones, creencias y conceptos que convendría podernos detener a examinar. Ante todo se impone que definamos qué estamos entendiendo por “religión”, y sobre todo tenemos que evitar el simplemente dar por sentado que lo sabemos, y que lo sabe, sobre todo, la vulgata liberal, o la correspondiente propaganda. La ciencia avanza justamente así: no dando por sabido todo lo que todo mundo da por sabido, y preguntándose incluso por lo que parece obvio. Por ejemplo: esa distinción entre los dos bandos que combaten en esta “guerra” de ahora, entre los que son religiosos y los que no. Pero eso puede que se vea mejor a mayor distancia.

La guerra, los pueblos y los dioses: en un artículo del 15 de diciembre de 1915, comentando la actualidad de entonces, principalmente a la luz de la filosofía de la mitología de Schelling, el gran filósofo español José Ortega y Gasset daba cuenta, no obstante su gran cercanía para con el pensamiento liberal, de la dimensión fundamentalmente religiosa de las naciones que entonces estaban en guerra: **“¿Y qué es la nación? ¿Qué es un pueblo? —volvemos hoy a preguntarnos, al ver cómo de entre los escombros del “internacionalismo”, vencido sin combate, se incorpora ese otro poder que separa en trágica pluralidad a los hombres”** (2004: 914). Y anota el pensador español que se trata de una idea de Herder, Schelling y Hegel, la del “espíritu del pueblo” justamente, pero se está olvidando, en ese artículo, del Voltaire del *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. El campeón de los ilustrados, y de los liberales, el superador del cristianismo y, por ende, también de las abominables guerras de religión, es el que les transmite a los románticos su idea fundamental, que en la opinión de Julián Marías es incluso su única idea original (Marías, 1998: 256-257).

Un pueblo es un ideario, constata entonces Ortega, aceptando con Chesterton la importancia primordial que tiene siempre la religión (esa misma que el liberalismo volteriano quiere por otro lado convencernos de que es, o debe ser “indiferente”) y **“una raza es una manera de pensar”** (915). Con Schelling, Ortega constata que **“un pueblo es, en última instancia, su mitología, su idea de la divinidad”** (916). Y en esa hora de guerra total, de guerra de exterminio entre las naciones europeas, se acuerda el filósofo del relato de Babel, en el Génesis, y de la primitiva unidad, y de la subsecuente dispersión de los hombres, y de nuevo con Schelling, concluye que **“habrá que derivar la separación de los pueblos de una hendidura pavorosa que se abrió en la concepción común del Dios”** (917).

Si hacemos un poco de historia de las religiones, muy muy sintéticamente, veremos que, en principio, en la antigüedad prefilosófica, y sobre todo precristiana, efectivamente cada pueblo es una religión, y no uno sino muchos dioses, pero todos estos articulados en unos mitos, y en unos ritos que en primera instancia lo que hacen es unir, solo que separando. **“La religión religa, sí —escribe Régis Debray—, esa es su definición, pero para hacerlo,**

antagoniza. Y si no dividiera, no uniría” (Debray, 2001: 143). Y es por eso que, durante la Primera Guerra Mundial, Ortega puede hablar efectivamente, con el idealismo alemán (y con Voltaire), de una guerra de dioses y de pueblos. Aunque la religión es ante todo, o antes que un asunto de “política exterior”, un asunto “interno”. La religión, eso nos lo reveló el recientemente desaparecido René Girard en libros como *La violencia y lo sagrado* o *Veo a Satán caer como el relámpago*, es el “**todos contra uno**” del linchamiento original, y de su mimesis o reproducción ritual, en torno a la cual se organizan esas culturas primitivas en las que no se ha dado aún la distinción, ni entre el mito y el logos, ni entre la religión y la política.

La filosofía, esto es visible ya en Heráclito, y en Jenófanes de Colofón, y en Sócrates desde luego (Moreno Romo, 2013: 49 y ss.) nace como una crítica de la religión, y de los mitos tradicionales, pero como una crítica que afecta apenas a unos cuantos. La verdadera ruptura con la religión la opera el cristianismo, que los antiguos veían como una especie de ateísmo (Agustín, 2007: 623) y que en nuestros propios días Marcel Gauchet define como la “religión de la salida de la religión”, mientras que Jean-Luc Nancy sostiene que es algo que viene y deconstruye todo lo anterior. De ahí que hablar de “religiones”, y poner en un mismo paquete a la religión pagana o primitiva, y al islam, y a este con el judaísmo o con el cristianismo, sea un proceder que desde el punto de vista científico es por lo menos muy impreciso, y dudoso.

La Modernidad, esto nos lo recuerdan también Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy en El mito nazi (2002), es un volver a lo de antes del universalismo cristiano: a los pueblos precisamente, a las “naciones”, y al mito como a su expediente identitario fundamental, que hará de la Segunda Guerra Mundial, en prolongación de la Primera, una tremenda guerra de ideologías que, en su verdadero fondo, es una despiadada guerra de valores, o de religiones.

¿Las ciencias son entonces el remedio contra la nefasta y asesina “religión”?

Desde la Reforma Protestante, en el siglo XVI, y las terribles guerras de religión que esta desencadenó en Europa al desmembrarse, la iglesia universal, en “iglesias nacionales”, se empezó a gestar la idea de la necesidad de una superación del cristianismo, y de la religión en cuanto tal. Esa idea (que viene también de sefarditas como Uriel da Costa, o Spinoza) tuvo un momento climático en la Ilustración francesa, y en Voltaire muy en especial. Este, que en enero pasado fue invocado en Francia como el abanderado de “nuestros valores”, en su *Tratado sobre la tolerancia*, de 1763, escribía lo siguiente: “**La filosofía, solo la filosofía, esta hermana de la religión, ha desarmado unas manos que la superstición había durante tanto tiempo ensangrentado; y el espíritu humano, al despertar de su borrachera, se sorprendió de los excesos a los que lo había arrojado el fanatismo**” (1989: 49).

Y es, entre muchos otros, principalmente de ese tan eficaz propagandista que nos viene esa tan ligera idea que en este artículo estamos contrastando nada más (a defecto de poder, en un trabajo mucho más amplio, analizarla y discutirla con el detenimiento que el asunto exige). ¿El lector ha oído hablar de la famosa “Postmodernidad”? Si la Modernidad ha fracasado, y algunos pensadores han propuesto que había que pasar la página, y pasar a otra cosa, es porque precisamente fracasaron esas ideas, que la propaganda no duda, sin embargo, en nuestros días, en volver a movilizar, incluso al servicio de una nueva guerra de religión o “choque de

civilizaciones”. “**El principio, la meta de la filosofía, del humanismo —comentaría René Girard—, es ocultar el asesinato fundador. Ser cristiano, es desvelarlo**” (1994: 50).

¿Y la ciencia en todo esto? Pues bien, la ciencia y la filosofía oficiales, las social e institucionalmente existentes, en las diversas naciones en guerra, en las dos guerras mundiales, no solo no frenaron, sino que más bien alimentaron el conflicto, justificando incluso, mediante el darwinismo social y la filosofía del sujeto, por ejemplo, o mediante la muy muy asesina idea del progreso, y la medición de cráneos, y etc. etc., la exterminación del enemigo, o de las “razas inferiores”. En *La Europa genocida*, Georges Bensoussan nos muestra cómo el darwinismo, que al colonialismo burgués le vino como anillo al dedo, “**no tuvo que combatir para imponerse. Su éxito inmediato respondía —escribe el historiador de la Shoah— a una espera antigua y profunda de legitimación del orden y de la violencia**” (Bensoussan, 2006: 37).

En particular, para el tema de este artículo, cabe destacar cómo la ciencia, en uno de sus periodos de mayor prestigio e influencia en la historia de la humanidad, fue la que, en oposición directa, no a “la religión”, sino a un par de “religiones” (el judaísmo y el cristianismo, que nos hacen a todos hermanos, descendientes todos de Adán, o de Noé), dividió a los hombres —la biología— en diversas “especies animales” con distinto origen, comprometidas las unas frente a las otras en la lucha por la supervivencia del más fuerte y justificadas, por ende, a practicar una guerra de exterminación: “**Los poligenistas del siglo XIX —escribe Georges Bensoussan— acusan a la Biblia de ser una ‘compilación de mentiras piadosas’**” (2006: 161). Y habría mucho más que decir sobre la complicidad de “la ciencia” en las masacres de los siglos XIX y XX, pero no hay espacio suficiente para hacerlo, y entonces remitimos al lector a la ya disponible versión española del libro de Georges Bensoussan: *La Europa genocida*, Anthropos, Barcelona, 2015.

Amén de producir armas cada vez más letales, y de ponernos en el horizonte gris de un apocalipsis ecológico, ¿qué hace en nuestros días la ciencia, por ejemplo, en los laboratorios de las grandes firmas farmacéuticas? ¿Qué complicidad le cabe en el tan turbio asunto ese de la modificación genética, y la privatización de las semillas? ¿Y en los “progresos” que el poder realiza, en su afán por controlar a los ciudadanos, cuál es el rol liberador de “la ciencia”? ¿Y en la puesta del saber, en fin, al servicio de la industria en vez de al de la sociedad, en las recientes reformas que el New Public Management les impone por doquiera a todas las universidades, qué papel juega “la ciencia”?

“**¡Se llama ciencia a tantas cosas —escribía Unamuno en 1895—, y a tantas se llama arte! Dicen los periódicos que la ciencia dice esto o lo otro cuando habla un hombre, ¡como si la ciencia fuera un espíritu santo!, y aunque nadie, si se para a pensar, cree en tan grosera blasfemia, las gentes no se paran de ordinario a pensar y arraigan en la impunidad los disparates. Los más atroces —prosigue—, aquellos de que se apartan todos si los ven desnudos, sirven de base a los razonamientos de todos, dan vida a argumentos seudorrazones que engendran a su vez violencias y actos de salvajismo** (1986: 52). Pues lo mismo, por lo pronto: ¡se llama religión a tantas cosas!...

¿Es verdad que toda religión es fuente de violencia y de fanatismo?

Hoy está claro ya que el ateísmo soviético era, a su manera, una tremenda religión, lo mismo que el nazismo neopagano. Furiosamente anticristianas,

esas ideologías no por ello dejaban de conformar unas sendas, y muy intensas (y también muy asesinas) “religiosidades”. El Führer era un líder milenarista, y a Stalin el poeta francés Aragon lo adoraba como a un mesías, y no era el único. ¿Era acaso el liberalismo ahora triunfante la única de esas ideologías del siglo XX que no era, en el fondo, una especie de religión? ¡Nada de eso! En todo caso era la más astuta, al grado que hoy viene y nos vende a Voltaire, de nuevo, como a una especie de salvador. Por ejemplo en la manifestación parisina del 11 de enero pasado, y en ecos suyos como ese libro oportunista de Fernando Savater: *Voltaire contra los fanáticos*, en el que se repiten las ligerezas del cortesano francés como si de verdades de catecismo se tratara. Por suerte no todos los herederos de la Ilustración son tan superficiales, o tan frívolos. **“El siglo XVIII —escribe Régis Debray— vale por las cadenas de las que ha sabido liberarse, sea. Lo que deja estupefacto, es que lo quieran promover al rol de faro, de guía de lo moderno como si Auschwitz e Hiroshima, tres guerras mundiales, diez genocidios y mil carnicerías no hubiesen refutado entre tanto sus promesas, desmontado sus postulados y puesto con el culo por encima de la cabeza el porvenir proyectado por Condorcet” (2006: 23-24).**

Eso no le impide, a la propaganda neo-liberal o tardo-ilustrada, seguir imponiéndonos a todos, por doquiera, su propia weltanschauung (así, en alemán, y aprovecharse incluso de esos tanto previsibles atentados terroristas que de vez en cuando ocurren —y que de sobra saben que ocurrirán, los que han ido a sacudir el avispero—, para confirmar su dogma de que el poder civil es bueno mientras que “la religión” —toda religión— es mala. **«Eso debería suscitar de entrada una sonrisa amarga —escribe Rémi Brague— cuando pensamos que, no hace tanto tiempo, dos ideologías ateas y enemigas del cristianismo como, por un lado, el leninismo con sus variantes estalinistas, maoístas, etc., y por el otro el nazismo, han relegado a las masacres vinculadas a los conflictos presuntamente religiosos, entre ellos la eterna letanía “las cruzadas y la inquisición”, al rango de simples aficionados» (2013: 10).**

Sea, le responderán, ¿pero qué hay del “mundo libre” en todo esto? Pues bien, el desaparecido enemigo de las potencias occidentales, la URSS, que tomó el relevo de la Alemania de Hitler, es substituido ahora precisamente por el islam radical. Toda comunidad humana, insiste Régis Debray, se instala oponiéndose (Debray y Girard, 2014: 13), y la “comunidad internacional” necesita de un enemigo, y tras la Guerra Fría es en el islamismo que conforta sus raíces lockeanas y volterianas, en donde lo ha encontrado, que ni mandado a hacer.

¿Hay una insuperable equivalencia entre las “verdades” y las “religiones”? Si las filosofías han claudicado todas, y se han todas confundido en el oficial y consensual relativismo (Moreno Romo, 2010: 386 y ss.), las religiones en cambio, constata perplejo el “pensamiento contemporáneo”, no han desaparecido con los progresos de la ciencia. El proyecto de la Ilustración no se cumplió. En France-Culture, en su programa de radio “Repliques”, en su emisión del 31 de octubre de este año de 2015, titulada “L’Islam et l’Occident”, el filósofo francés Alain Finkielkraut declaró de entrada lo siguiente: **“Después de la caída del muro de Berlín, fuimos muchos los que creímos que la era de los grandes enfrentamientos ideológicos estaba cerrada, que la democracia liberal había vencido, uno tras otro, a sus grandes rivales, que el individualismo triunfaba en los cinco continentes, y que la humanidad entera se reconocía en los valores de igualdad y de libertad. Vivimos, desde el principio del siglo XXI —concluyó—, el fin del fin de la historia.**

Tenemos que actuar y reflexionar en un mundo, en una Francia marcada por separaciones mucho más intratables de lo que pensábamos”.

Y esas separaciones son las de antes de la Modernidad, o de la Ilustración, esas mismas que la ingenuidad volteriana había acostumbrado a sus adeptos a considerarlas como mero rezago, o resto condenado a desaparecer con el progreso de la “educación”, ¡y de las ciencias! Los árboles, con mucha frecuencia, nos ocultan el bosque. Al respecto es muy interesante lo que le responde a Finkielkraut su invitado Daniel Sibony, ¡toda una lección de filosofía del arrabal!: **«Usted decía: “nosotros pensamos que...” Son quizás las personas que producen las ideas. Yo nunca he pensado que la humanidad fuese hacia una especie de acuerdo sobre los valores, etc».**

El propio Sibony propone que el problema de las relaciones entre el islam y el Occidente debe plantearse en términos identitarios, más que en términos “religiosos”. Es un muy buen punto: ¿qué diferencia hay, si la hay, entre lo religioso y lo identitario? Y así volvemos a Voltaire, y a Schelling y a Ortega, y al *esprit des nations*, que es por naturaleza excluyente, e irreductible... ¿y belicoso también? No muy “políticamente correcto”, Daniel Sibony pone el dedo en la llaga: siendo el Corán la fuente, o la raíz identitaria de los musulmanes, es un verdadero milagro, dice, el que la gran mayoría de los practicantes de esa religión no sean más belicosos: su religión es la de una identidad fuerte, de conquistadores, que si Alá no los engaña deben dominar a los judíos y a los cristianos, y no se diga a los demás. ¿Qué cabe decir, en contraparte, de la últimamente tan famosa, en la Francia de Sarkozy y en los Estados Unidos de Huntington, “identidad nacional”? Si la República Francesa se ha visto en la necesidad de incurrir en el notable exceso de establecer un Ministerio de la Identidad Nacional y de la Inmigración, ha sido porque se ha visto frente a una identidad irreductible, capaz de poner en jaque a esa falsa concepción de las religiones (como meras “opiniones privadas”), heredada de Locke y del propio, contradictorio Voltaire. ¿Por qué lo que funciona con unas, no funciona con otras “religiones”? Ahí tienen ustedes una muy buena pregunta, a la espera de su “científico”.

Conclusiones-discusión

Contra lo que la vulgata periodístico-ideológica pretende hacernos creer, el problema de las relaciones entre la religión y la ciencia es mucho más complejo de lo que parece, y sobre todo hay que desechar, de entrada, respecto de lo que son las religiones, el dogma liberal: las religiones no son ni indiferentes, ni privadas, ni equivalentes... Ni son las que cometen actos terroristas, bombardean, o se hacen mutuamente la guerra. Todo eso lo hacen los hombres, y lo hacen, eso sí, en estrecha relación con sus convicciones más profundas, que normalmente son las que les dan las religiones, o las deformaciones, o los sucedáneos de estas.

Ahora bien: no todas las convicciones son equivalentes, pues las puede haber falsas y verdaderas, o moralmente, o políticamente con tales, o con cuales consecuencias... Seguir a Voltaire como a su salvador, o a Jesucristo, no son de ningún modo dos posturas del todo indiferentes. Y lo mismo podemos decir de Moisés y de Mahoma, o del Buda si no, o de Huitzilopochtli. Y todo esto, como mínimo, nos debe hacer, a todos, reflexionar.

No es lo mismo entrar a una ciudad a caballo, al frente de un ejército victorioso, para arrebatar, en la misma, el poder, que hacerlo montado en un humilde asno, en la compañía de un puñado de hombres desarmados, con

el fin de entregar en esta la propia vida. El “martirio”, el testimonio no es el mismo, de ninguna manera.

En la Universidad de Ratisbona, en septiembre del 2006, el Papa Benedicto XVI dio una conferencia titulada “Fe, razón y universidad”, en la que justamente abogaba por la alianza entre la religión y la ciencia. “**No actuar según la razón —nos recordaba, citando al emperador bizantino Manuel II Paleólogo— es contrario a la naturaleza de Dios**” (2008: 32). La fe religiosa, como tal, no tiene por qué llevar, forzosamente, al fanatismo.

Si es falsa sí, desde luego, pues el creyente no podrá serle fiel y conservar la cordura. Pero queda otra posibilidad, que implica necesariamente a la razón, a la ciencia, y sobre todo a la filosofía: la de la fe verdadera, que es la única que puede ser católica, o universal.



Reflexión del coeditor de sección Nicola

Caon: *La perspectiva que ofrece este artículo es sombría. Si la religión divide, también lo hace la ciencia. O mejor dicho, tanto la religión como la ciencia ofrecen razones y pretextos para separar y producir conflictos. En el caso de la religión, esto quizás sea más obvio, ya que cada religión se considera a sí misma como la única depositaria de la verdad. Pero es cierto que los avances científicos en la ciencia y en la tecnología han llevado a crear nuevas divisiones, como por ejemplo entre razas supuestamente distintas, hasta llegar a los extremos del antisemitismo y de la eugenesia de la ideología nazi. Otro caso emblemático y muy actual es el enfrentamiento entre el primer mundo, aquellos países que han alcanzado un alto nivel de desarrollo humano y tecnológico, y aquellos ciudadanos de países del tercer mundo que intentan escapar de guerras y miseria. Como subraya el autor, no son las religiones o las ideologías las que cometen actos terroristas o hacen las guerras, sino los hombres, con base en sus convicciones. Yo espero que se pueda llegar a un camino de paz, aunque hará falta el impulso y la guía tanto de la ciencia como de la religión.*

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona, San. (2007). *La ciudad de Dios* (1ª). Madrid: BAC.
- Benedicto XVI et al. (2008). *Dios salve a la razón*. Madrid: Encuentro.
- Bensoussan, G. (2006). *Europe. Une passion génocidaire*. París: Mille et une nuits.
- Brague, R. (2013). “Prefacio”, en Jean-François Chemain, *Une autre histoire de la laïcité*, pp. 9-16.
- _____. (2014). *Sobre el Dios de los cristianos*. Madrid: BAC.
- Debray, R. (2001). *Dieu, un itinéraire*. París: Odile Jacob.
- _____. (2006). *Aveuglantes Lumières*. París: Galimard.
- Debray, R. y Renaud G. (2014). *Que reste-t-il de l'Occident ?* París: Grasset.
- Girard, R. (1994). *Quand ces choses commenceront*. París: Arléa.
- Lacoue-Labarthe, P. y Jean-Luc, N. (2002). *El mito nazi*. Barcelona: Anthropos.
- Marías, J. (1998). *Historia de la filosofía*. Madrid: Alianza.
- Moreno-Romo, J. C. (2010). *Vindicación del cartesianismo radical*. Barcelona: Anthropos.
- Moreno-Romo, J. C. (2013). *Hambre de Dios. Entre la filosofía, el cristianismo, y nuestra difícil y frágil laicidad*. México: Fontamara.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Obras completas I*. Madrid: Revista de Occidente / Taurus.
- Unamuno, Miguel de. (1986). *Obras selectas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Voltaire. (1989). *Traité sur la tolérance*. París: Flammarion.